

LECCIÓN 1

EL CIELO: NUESTRO DESTINO FINAL

LECTURA DE FONDO



Cuando comenzamos un viaje o un paseo a algún lugar, primero debemos decidir a dónde vamos. De lo contrario, ¿cómo vamos a llegar allí, o incluso cómo vamos a saber si estamos en el camino correcto? De la misma manera, para comenzar el viaje de nuestra vida en Cristo, primero debemos reflexionar sobre nuestro destino. Tener en mente el objetivo final de nuestras vidas tendrá un impacto poderoso en la forma en que conducimos nuestras vidas.

Bienaventuranza: el reino de Dios

Toda persona humana es llamada por Dios para elegir el camino que lo lleve a él. Nuestros pies se encuentran al inicio de este camino. ¿Pero a dónde nos llevará y cuál es nuestro destino? El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que el destino de todos los seres humanos es vivir para siempre en la bendición de Dios, o vivir en la bienaventuranza de Dios. Si bien a menudo la palabra “bienaventuranza” se usa para describir la lista de las ocho promesas que Jesús hizo a sus discípulos en su Sermón del Monte, la palabra “bienaventuranza” en sí misma significa bienaventuranza, y se refiere a la bienaventuranza a la que están los que siguen a Cristo. Llamado: “Las bienaventuranzas revelan el objetivo de

la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza” (CIC 1719).

Así que sabemos que nuestro destino o destinación es la bienaventuranza. Pero ¿qué significa eso? El Nuevo Testamento describe de varias maneras la bienaventuranza a la que Dios nos llama:

- ▶ La venida del Reino de Dios (ver Mateo 4:17)
- ▶ La visión de Dios: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8)
- ▶ Entrar en el gozo del Señor (ver Mateo 25:21-23)
- ▶ Entrar en el descanso de Dios (ver Hebreos 4:7-11)

Otra forma de pensar la bienaventuranza es como San Agustín, un famoso teólogo de la Iglesia primitiva, lo describe a su manera simple y hermosa: “Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que será al final sin fin. ¿Para qué otro fin tenemos, si no podemos alcanzar el reino que no tiene fin?” (CIC 1720). Este Reino, que no tiene fin, donde veremos a Dios y entraremos en su gozo y descanso, a menudo se llama el Cielo o paraíso. Esta

bendición de Dios no es otra cosa que una participación en la vida divina de Dios mismo. Pero compartir en la vida divina de Dios va mucho más allá de la habilidad del hombre sin el don de la gracia, como nos dice el Catecismo: “Tal bienaventuranza... proviene de un don de Dios totalmente gratuito” (CIC 1722). Por lo tanto, podemos ver que el destino final de cada persona humana es el Cielo, pero no podemos llegar allí por nuestra cuenta. Esta es la razón por la que Cristo bajó del Cielo, para que Él pudiera caminar el camino al Cielo por nosotros y mostrarnos el camino.

Señales en el camino: Los Diez Mandamientos y las Bienaventuranzas

Estamos llamados a recorrer el camino de la vida en Cristo hacia nuestro destino final del Cielo. Pero, ¿cómo sabemos que hemos elegido el camino que lleva allí? El Catecismo nos dice que “El Decálogo, el Sermón del Monte y la catequesis apostólica nos describen los caminos que llevan al Reino de los cielos. Sostenidos por la gracia del Espíritu Santo, los pisamos, paso a paso, por actos cotidianos” (CIC 1724). Los Diez Mandamientos, las Bienaventuranzas dadas en el Sermón del Monte y la enseñanza de los Apóstoles actúan como señales y direcciones que nos llevan al Reino eterno de Dios. Examinaremos a fondo los Diez Mandamientos y las Bienaventuranzas más adelante este año y veremos cómo actúan como señales para la vida moral.

Los Diez Mandamientos también se conocen como el Decálogo. La palabra “Decálogo” se deriva del latín y significa literalmente “diez palabras”. Dios les dio estos mandamientos a los israelitas después de haberlos liberado de la esclavitud en Egipto, como se indica en el libro

de Éxodo. Dios habló estas “Diez palabras” a su pueblo cuando se reveló a ellos. Los israelitas se comprometieron a seguir estas leyes como respuesta a la revelación de Dios de sí mismo y de su cuidado amoroso por ellas. Como lo explica el Catecismo, “Los mandamientos ... expresan las implicaciones de pertenecer a Dios a través del establecimiento del pacto. La existencia moral es una respuesta a la iniciativa amorosa del Señor. Es el reconocimiento y el homenaje a Dios y una adoración de acción de gracias. Es cooperación con el plan que Dios persigue en la historia” (CIC 2062).

Aunque los Diez Mandamientos se dan en el Antiguo Testamento, que es la historia de cómo Dios preparó a su pueblo para el Salvador, Jesucristo, todavía se aplican a los cristianos. Jesús dice: “No piensen que he venido a abolir la ley o los profetas. No he venido para abolir, sino para cumplir. Amén, les digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, no pasará de la ley la letra más pequeña o la parte más pequeña de una letra, sino hasta que todas las cosas hayan sucedido” (Mateo 5:17-18). Él no eliminó la antigua ley. En cambio, Él lo perfeccionó y mostró el poder del Espíritu obrando en él.

Con las Bienaventuranzas, Jesús cumple todo lo que se prometió en la Antigua Ley de los Diez Mandamientos. El Catecismo dice: “Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús” (CIC 1716). Nos muestran el rostro de Cristo y su amor. Arrojan luz sobre las actitudes y acciones de la vida cristiana. Si bien las promesas de las Bienaventuranzas son extrañas e incluso paradójicas para la forma de pensar del mundo, dan esperanza cuando estamos viviendo problemas y dificultades. Nos hablan de las bendiciones y promesas que ya pertenecen a los discípulos de Cristo. Al vivir las Bienaventuranzas, el discípulo cristiano ya está viviendo el Reino de los cielos aquí en la tierra.

LECCIÓN 2

NUESTRA ELECCIÓN ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

LECTURA DE FONDO



La verdad de quienes somos, personas humanas hechas a imagen y semejanza de Dios, está al principio de nuestro estudio de nuestra vida en Cristo. Necesitamos entender cómo Dios nos hizo si hemos de entender cómo debemos vivir la vida que Dios ha planeado para nosotros, que es conocer, amar y servirle en la tierra y ser feliz con Él para siempre en el Cielo. El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que “Dotada de un alma ‘espiritual e inmortal’, la persona humana es ‘la única criatura en la tierra que Dios ha querido por su propio bien’. Desde su concepción, está destinado a la bienaventuranza eterna” (CIC 1703). Para entender lo que esto significa, debemos mirar la creación de la persona humana y lo que significa ser creado a la imagen de Dios.

Hecho a su imagen

“Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó” (Génesis 1:27). Ser creado a imagen de Dios no significa que nos parezcamos a él. Más bien, significa que las personas humanas son creadas con intelecto, libre albedrío y la capacidad de amar. Esto significa que podemos:

- ▶ Usar nuestra razón para saber cosas.
- ▶ Elegir entre el bien y el mal.
- ▶ Amar a Dios y los unos a los otros.

Estos dones que hemos recibido de Dios nos permiten entrar en comunión con otras personas y, por gracia, entrar en una relación con Dios mismo. De todas las criaturas en la tierra, solo los seres humanos pueden compartir en la vida divina de Dios.

Hecho con un alma inmortal

La Iglesia nos dice que los seres humanos son “la cumbre de la creación de Dios” (CIC 343). Cuando Dios creó a Adán, “sopló en sus narices el aliento de la vida; y el hombre se convirtió en un ser viviente” (Génesis 2:7). Este aliento de Dios es el don de la propia vida de Dios dada a las personas humanas. Los distinguió del resto de la creación. Esta alma inmortal, la parte espiritual de los seres humanos, es como estamos hechos a la imagen de Dios y nos muestra que las decisiones que tomamos en esta vida tienen una gran importancia.

Nuestra alma inmortal, a veces conocida como nuestro espíritu, es como Dios porque:

- ▶ Es inmortal - vivirá para siempre.

- Es donde sabemos, elegimos libremente, y amamos. Estas actividades son exclusivas de los seres espirituales.

Sólo los seres espirituales tienen almas que vivirán por siempre. Esta singularidad en la creación de Dios le da a la humanidad una gran dignidad.

El lugar único de la humanidad en la creación

Al comienzo de la creación, Dios hizo a la humanidad en amistad con él. Las almas inmortales de nuestros primeros padres, Adán y Eva, se llenaron de la vida divina de Dios, que llamamos la gracia santificadora. La gracia santificadora es la vida libre y no ganada de Dios en nuestra alma. Es un estado habitual de bendición, lo que significa que la vida de Dios no puede perderse a menos que decidamos rechazar a Dios (lo que Adán y Eva hicieron a través de su desobediencia, y lo que hacemos cuando cometemos un pecado mortal). Este compartir en la vida divina es necesario si queremos vivir con Dios en el Cielo.

Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios y cometieron el pecado original, Adán y Eva perdieron su amistad con Dios junto con la gracia santificadora. También perdieron la armonía que poseían dentro de sí mismos. Otra forma de describir esta armonía es el autodomínio: su intelecto tenía el control adecuado de sus pasiones y emociones. Debido a que Adán y Eva fueron nuestros primeros padres, heredamos su pecado original, el pecado cometido en el origen de la humanidad. Ahora también nacemos sin el don de la gracia santificadora; hemos perdido la armonía del autodomínio; y estamos inclinados y atraídos por el pecado.

Pero gracias a su gran amor por nosotros, Dios envió a su único Hijo para restaurar su amistad con nosotros para que podamos compartir su bendición en el Cielo. A través de su Pasión, Muerte y Resurrección, Jesús ganó nuestra salvación y fundó la Iglesia en la tierra como una manera de hacer que su salvación sea accesible a todas las personas para siempre. Pero a pesar de que una vez más compartimos la vida divina de Dios, nuestra inclinación al pecado aún permanece. El gran viaje de nuestra vida moral es restaurar la armonía del autodomínio dentro de nuestras almas y alcanzar el estado de bendición en el Cielo.

Nuestra elección entre la vida y la muerte

Y así vivimos en una tensión dramática. Al ser hechos a la imagen y semejanza de Dios, cada ser humano tiene libre albedrío y la capacidad de elegir entre la voluntad de Dios y la voluntad propia, entre la luz y la oscuridad, la vida y la muerte. Pero ahora la decisión es más difícil. Debido a que nuestras almas han sido debilitadas por el pecado original, y debido a nuestros propios pecados personales, somos atraídos por el pecado. El Evangelio nos presenta dos caminos: un camino “conduce a la vida”; el otro “conduce a la destrucción” (Mateo 7:13). Para nosotros es muy fácil elegir el pecado, el camino a la destrucción, y difícil para nosotros elegir el camino de Dios, el camino de la vida. Pero cada persona humana fue hecha para el Cielo: para vivir para siempre con Dios en gloria. Ser hecho a la imagen de Dios significa que dentro de cada uno de nosotros está el deseo de hacer lo correcto y lo bueno. El cumplimiento de nuestra naturaleza creada es vivir en la bendición (bienaventuranza) de Dios.